

## **DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA**

### **Lectura del santo Evangelio según san Juan.**

*Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:*

*- Paz a vosotros.*

*Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:*

*- Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: - Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos.*

*Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: - Hemos visto al Señor.*

*Pero él les contestó: - Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.*

*A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: - Paz a vosotros.*

*Luego dijo a Tomás: - Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.*

*Contestó Tomás: - ¡Señor mío y Dios mío!.*

*Jesús le dijo: - ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.*

*Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.*

### **Palabra del Señor**

### **Homilías**

**(A)**

Ha sido un autor moderno quien nos ha recordado recientemente que el encuentro con el Resucitado ha sido “una experiencia de perdón”. Los discípulos han experimentado al resucitado como alguien que les perdona y les ofrece paz y salvación.

Ninguna alusión, por parte de Jesús, al abandono de los suyos. Ningún reproche por la cobarde traición. Ningún gesto de exigencia para reparar la injuria.

Los relatos insisten en que el saludo del resucitado es siempre de paz y reconciliación: “Paz a vosotros”. Y es precisamente este perdón pacificador y esta oferta de salvación los que ponen una alegría y una esperanza nuevas en la vida de los discípulos.

Vivimos en una sociedad que no es capaz de valorar debidamente el perdón. Se nos ha querido convencer de que el perdón, es la “virtud de los débiles”, que se resignan y se doblegan ante las injusticias porque no saben luchar y arriesgarse.

Y, sin embargo, los conflictos humanos no tienen una verdadera solución si no se introduce la dimensión del perdón.

No es posible dar pasos firmes hacia la paz, desde la violencia, el endurecimiento y la mutua destructividad, si no somos nadie capaces de introducir el perdón en la dinámica de nuestras luchas y conflictos, jamás conseguiremos la paz.

El perdón no es sólo la liquidación de conflictos pasados. Al mismo tiempo, despierta la esperanza y las energías en quien perdona y en aquel que es perdonado.

El perdón, cuando se da realmente y con generosidad, es, en su aparente fragilidad, más vigoroso que toda la violencia del mundo. La Resurrección nos descubre a los creyentes que la paz no surge de la agresividad y la sangre, sino del amor y del perdón.

Necesitamos recuperar la capacidad de perdonar y olvidar.

La verdadera paz no se logra cuando unos hombres vencen sobre otros, sino cuando todos juntos tratamos de vencer incomprensiones, agresividades y la mutua destructividad que hemos desencadenado, La paz no llegará a nuestros pueblos mientras unos y otros nos empeñemos obstinadamente en no olvidar el pasado. La paz no será realidad entre nosotros sin un esfuerzo amplio y generoso de mutua comprensión, acercamiento y reconciliación.

En una sociedad tan conflictiva como la nuestra, en un ambiente tan difícil como el que entre todos hemos creado, los creyentes, es decir, los que domingo tras domingo venimos aquí a participar de la Eucaristía de Jesús, a alimentarnos de su Palabra, para iluminar los problemas que tenemos

planteados, a alimentarnos de su Cuerpo para poder ir superando dificultades que cada día se nos presentan... Tenemos que llevar a la vida de nuestro pueblo, a nuestros vecinos y a nuestras familias la fuerza del perdón, como la única arma que hará que nuestra convivencia sea de verdad la convivencia querida por Jesús Resucitado.

El perdón es causa de resurrección y de vida. Así pues, un pueblo que practica y vive el perdón es un pueblo resucitado y vivo. En cambio, un pueblo que practica el odio, que vive en la enemistad y las revanchas, es un pueblo en el que reinará la desconfianza y la muerte.

## (B)

El evangelio que leemos este domingo parece que quiere decirnos que el día de la resurrección de Jesús, el primer día de la semana, al anochecer, se producía en la comunidad cristiana un cambio importante. Hasta entonces había sido Jesús el verdadero protagonista: Jesús curaba a los enfermos, atendía a los pobres, perdonaba a los pecadores, anunciaba a todos la buena noticia del amor de Dios. A partir de ese momento, Jesús está resucitado y transmite sus poderes y sus tareas a los cristianos. Les dice: "Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros". Ahora somos nosotros los que llevamos entre manos la hermosa tarea que tuvo Jesús; anunciar a todos el amor de Dios, cuidar de los pobres del mundo, devolver la dignidad a las personas destrozadas, buscar a los que se pierden, construir fraternidad entre todos los hombres e incluso hacer milagros, como Jesús.

Seguramente que todo esto nos puede parecer demasiado grande, como les parecía también a los primeros cristianos. Pensarían: nosotros, que hacemos tantas cosas mal, ¿cómo vamos a repetir la figura asombrosa de Jesús, que es irrepetible? Y pensarían que no estaban preparados para tomar en sus manos una tarea tan hermosa. Por eso, en aquella tarde de resurrección, cuenta el evangelio que Jesús "sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo". Este gesto es impresionante. Quiere decirnos el evangelio que Jesús nos transmitió su Espíritu y desde ese momento ya no vamos solos por la vida. Algo del Señor ha entrado en nosotros y en nuestras comunidades.

Con frecuencia pensamos que nuestras parroquias y comunidades son sólo la suma de unos pocos hombres y mujeres con todos sus defectos a cuestas. Pues no son sólo eso. En nuestras parroquias y comunidades, pequeñas o grandes, también anda el Espíritu de Jesús. Seguramente

haremos muchas cosas mal, pero el Espíritu de Dios también está entre nosotros dando una eficacia asombrosa a nuestras chapuzas pastorales. Tenemos los poderes de Jesús. Hasta podemos perdonar pecados. Les decía Jesús a sus discípulos: "A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá". Los creyentes en Jesús llevamos en nuestra vida unas posibilidades asombrosas, capaces de repetir en nuestro tiempo los milagros de Jesús. Todos sabemos que aún siguen ocurriendo en las comunidades cristianas cosas maravillosas, verdaderos milagros. No son habilidades nuestras. Es que Jesús, en aquella tarde de Resurrección, exhaló su aliento sobre nosotros para que recibiéramos su Espíritu. Cuenta el evangelio que Tomás, uno de los doce, no estaba allí cuando ocurrieron estas cosas y no quería creerlo. Ninguno de nosotros estuvimos allí aquella tarde y también nos resulta demasiado hermoso para creerlo. ¿Cómo creer que hemos sido enviados a sacar adelante la misma tarea que tuvo Jesús? ¿Cómo creer que el Espíritu de Jesús anda en nuestras pobres comunidades cristianas? ¿Cómo creer que tenemos poderes tan maravillosos, si nos vemos tan pobres, tan inseguros y tan llenos de errores? Jesús decía a Tomás: "¿Crees porque has visto? Dichosos los que creen sin haber visto". Nosotros no estuvimos allí. No pudimos ver al Señor con los ojos de la cara, pero también creemos que Jesús está vivo y anda con nosotros en nuestras comunidades cristianas produciendo cosas asombrosas. El Señor resucitado vive entre nosotros.

(C)

## **UNIDOS Y REUNIDOS EN NOMBRE DE JESÚS**

Pablo VI, en su luminosa encíclica *Ecclesiam suam*, afirma: "La Iglesia se renovará de verdad cuando vuelva de verdad su mirada a Cristo".

Entonces, y sólo entonces, se rejuvenecerá.

En realidad, los cristianos y los grupos rutinarios se convierten, cambian radicalmente, pasan de un cristianismo cumplimentero a un cristianismo entusiasmado cuando se encuentran personalmente con Jesucristo resucitado.

En este sentido resulta conmovedor el testimonio del gran teólogo Yves Congar: "He tardado bastante en dar a Jesucristo el lugar central que ocupa hoy en mi pensamiento y en mi vida. Para mí Jesucristo lo es todo; es él quien me da el calor y la luz. Su Espíritu es el que me da movimiento, vitalidad. Cada día me interpela, me impide detenerme; el evangelio y su

ejemplo me arrancan de la tendencia instintiva que me ata a mí mismo, a mis hábitos, a mi egoísmo".

Los testimonios de personas de toda clase y condición son interminables. Milagro palpable y palpitante de la presencia dinamizadora de Jesús son muchas comunidades cristianas

surgidas como hogueras en la noche del mundo.

¿Cómo resucita el grupo de los amigos de Jesús? ¿Qué hizo posible que, después del "fracaso rotundo" del Maestro, resurgieran con increíble vigor?

## **BUSCAR JUNTOS**

Aunque acoquinados y dispersos en un primer momento, los discípulos, impulsados por el Espíritu de Jesús, vuelven a reencontrarse para convivir, para dialogar, para compartir el "fracaso" de la muerte del Maestro, para seguir su amistad. Buscan juntos.

Por eso, como estaban reunidos en el nombre del Señor, él se hace presente en medio de ellos (Mt 18,20), Y le reconocen con la mirada de fe. Tomás se ha ausentado de la comunidad; por eso no ha podido gozar del encuentro con el Señor; sólo cuando se reintegra a la comunidad puede vivir la experiencia.

Los de Emaús, a pesar de que se alejan desencantados, caminan compartiendo su tristeza y su desencanto; por eso el Señor les sale al encuentro.

La situación de incontables "cristianos", aunque parezca que no tiene nada que ver con la situación de los discípulos de Jesús después del viernes santo, sin embargo tiene mucho en común. Son numerosísimos los que viven su religiosidad muy rutinariamente, están desencantados, dispersos, desilusionados, porque creen que la Iglesia no responde a sus inquietudes ni a las esperanzas del mundo. El cristianismo no les llena; sin embargo, están inquietos, buscan. Su fe, como la de los discípulos, corre peligro.

El camino de encuentro con el Señor comienza por reunirse para buscar juntos, compartir dudas, críticas, poner en común experiencias e intentar nuevas formas de vivir la fe. No hacerlo es poner en peligro la fe.

Ésta es la razón por la que muchos "cristianos" solitarios (una rotunda contradicción) nos confiesan: "Estoy perdiendo la fe", "ya no sé si creo o no creo". Lo extraño no es esto, lo extraño sería lo contrario. Si fuera del ámbito comunitario, todos echan agua al fuego de tu fe y nadie

echa leña, terminará, obviamente, por apagarse. Repiten el error de Tomás.

Naturalmente que si Tomás no hubiera retornado al grupo de condiscípulos, hubiera perdido definitivamente la fe. Pretender ser cristiano por libre es poner en riesgo la propia fe. Y reunirse, como hicieron los discípulos, en torno a Jesús para evocar su memoria, para profundizar su mensaje y comprender el significado de su persona y su relación con nosotros es condición de vida. Pero, para reconocerle, se precisan los ojos de la fe como les sucedía a aquellos primeros discípulos en sus encuentros con el Maestro. Quienes participamos reiteradamente en la vida de grupos y comunidades comprobamos asombrados su verificación desbordante. Comprobamos cómo se enciende la fe medio apagada de quienes se reúnen; desaparecen las dudas ante la experiencia de encuentro con el Señor, como ocurrió con los de Emaús (Lc 24,13-35). Llenos de entusiasmo, testimonian:

"Este cristianismo sí que merece la pena", "ahora sí que me he encontrado con Jesucristo", "a partir de mi incorporación a la comunidad o al grupo, he empezado una vida nueva".

Afirma monseñor Casaldáliga: "¡Feliz el que sabe que seguir a Jesucristo es vivir en comunidad, siempre unido al Padre y a los hermanos! No te engañes: quien se aleja de la comunidad, en busca de ventajas personales, se aleja de Dios; quien busca la comunidad se encuentra con Dios".

## **EL DÍA PRIMERO DE LA SEMANA**

Juan afirma que esto sucedió "el primer día de la semana"; con ello hace referencia a la semana de la creación. A partir de la resurrección de Jesús empieza la nueva creación; el grupo de discípulos a los que se manifiesta Jesús es la "nueva humanidad", el nuevo y definitivo pueblo de Dios. "El que está en Cristo es una criatura nueva; lo viejo ha pasado y ha aparecido lo nuevo" (2Co 5,17). Donde hay una comunidad viva hay una "humanidad nueva". Éste es el milagro que Jesús nos invita a hacer para que seamos sacramento de salvación para los mismos que la formamos, para la Iglesia y para el mundo.

¿Contribuyo a realizar este milagro? ¿Participo en la vida de algún grupo o comunidad cristiana? ¿Debería, tal vez, hacerlo con más entrega? ¿Me esfuerzo por avivar la mirada de fe para reconocer en mi grupo o comunidad la presencia del Señor resucitado? ¿Qué me pide el Espíritu? "Estando los discípulos reunidos en una casa... entró Jesús y se puso en medio de ellos"... Jesús ha prometido categóricamente: "Siempre que nos

reunimos en su nombre, aunque no seamos más que dos, allí estoy en medio de vosotros" (Mt 18,20). Está, pero no como un espectador pasivo, sino como estuvo en la manifestación de la que nos ha hablado Juan: para darnos paz, entusiasmo y los dones de su Espíritu. Lo que hace falta es que lo reconozcamos con los ojos de la fe. El relato evangélico patentiza lo que afirma monseñor Casaldáliga y lo que hemos experimentado cuantos participamos en la vida de la comunidad: "Quien busca la comunidad, encuentra al Señor" porque ella es el lugar de encuentro en que nos cita (Mt 18,20).

## (D)

### **ABRIR LAS PUERTAS**

...con las puertas cerradas por miedo a los judíos

Jn 20, 19-31

El evangelio de Juan describe con trazos oscuros la situación de la comunidad cristiana cuando en su centro falta Cristo resucitado. Sin su presencia viva, la Iglesia se convierte en un grupo de hombres y mujeres que viven en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Con las puertas cerradas no se puede escuchar lo que sucede fuera. No es posible captar la acción del Espíritu en el mundo. No se abren espacios de encuentro y diálogo con nadie. Se apaga la confianza en el ser humano y crecen los celos y prejuicios. Pero una Iglesia sin capacidad de dialogar es una tragedia, pues los seguidores de Jesús estamos llamados a actualizar hoy el eterno diálogo de Dios con el ser humano.

El miedo puede paralizar la evangelización y bloquear nuestras mejores energías. El miedo nos lleva a rechazar y condenar. Con miedo no es posible amar al mundo. Pero, si no lo amamos, no lo estamos mirando como lo mira Dios. Y, si no lo miramos con los ojos de Dios, ¿cómo comunicaremos su Buena Noticia?

Si vivimos con las puertas cerradas, ¿quién dejará el redil para buscar a las ovejas perdidas? ¿Quién se atreverá a tocar a algún leproso excluido? ¿Quién se sentará a la mesa con pecadores o prostitutas? ¿Quién se acercará a los olvidados por la religión? Los que quieran buscar al Dios de Jesús, se encontrarán con nuestras puertas cerradas.

Nuestra primera tarea es dejar entrar al resucitado a través de tantas barreras que levantamos para defendernos del miedo. Que Jesús ocupe el centro de nuestras iglesias, grupos y comunidades. Que sólo él sea fuente

de vida, de alegría y de paz. Que nadie ocupe su lugar. Que nadie se apropie de su mensaje. Que nadie imponga un estilo diferente al suyo. Ya no tenemos el poder de otros tiempos. Sentimos la hostilidad y el rechazo en nuestro entorno. Somos frágiles. Necesitamos más que nunca abrimos al aliento del resucitado y acoger su Espíritu Santo.

**P. Juan Jáuregui Castelo**